

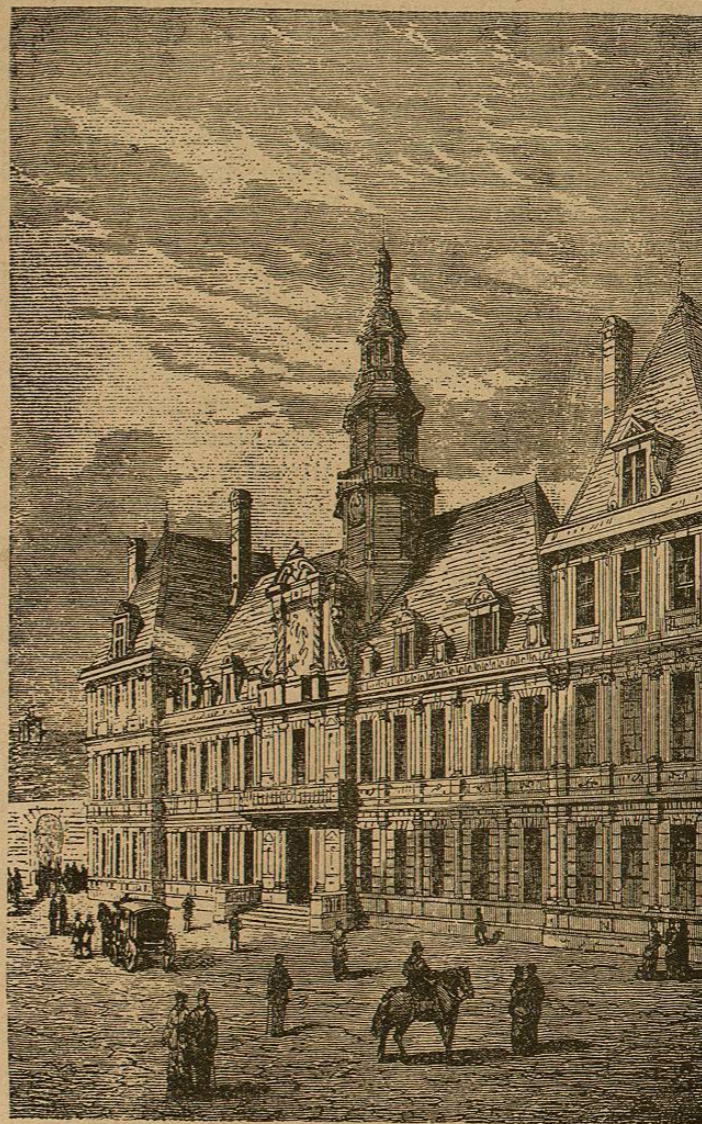
La Convención no había adquirido provisiones para el rey. Votó en seguida la suma de 500.000 libras. De esta suma gastóse en cuatro meses 40.000 mil libras en comida solamente, es decir, 10.000 libras



Castillo de Coucy

cada mes, 333 cada día (en asignados, aunque entonces el papel perdía poco); era un gasto suficiente para tiempos de hambre y miseria general. Luis XVI tenía en el Temple tres criadas y trece oficiales á mesa y mantel.

Los platos de su comida componíanse de: «Cuatro principios, dos asados, cada uno de tres trozos, cuatro entremeses, tres clases de conservas, tres fruteros, una garrafa pequeña de Burdeos y otra de Mal-



REIMS.—Casa Ayuntamiento

voisie ó de Madera.» Este vino solo era para él; su familia no bebía. Esta alimentación, suficiente para quien ha pasado un día de caza en los bosques de Rambouillet ó de Versailles, era demasiado abundante para un prisionero. Por todo paseo tenía no una sala, ni un jardín, si

no un terreno seco y árido con dos ó tres replantíos de céspedes marchitos y algunos árboles desmembrados y deshojados por el viento del otoño. Todos los días á las dos de la tarde la familia real tomaba aire y dejaba al niño que jugase. Era el objeto poco respetuoso, por cierto, de la curiosidad de los guardias nacionales que se relevaban diariamente. Palabras groseras, ultrajes, escapábanse con frecuencia; algunas veces frases licenciosas que no debieran escuchar las princesas. La actitud de la reina (hablo ahora por el testimonio de mi padre que montó la guardia del Temple) era soberbiamente provocadora é irritante. La joven delфина, á pesar del encanto de sus pocos años, interesaba muy poco; más austriaca aun que su madre, era toda María Teresa. Armaba sus ojos de fiereza y desprecio.

El rey con su aire de miope, la mirada vaga, la marcha pesada, con el balanceo peculiar de los Borbones, causaba á mi padre la impresión de un hacendado de Beauce.

El niño era hermoso é interesante. Tenía (puede verse en sus retratos) los ojos de un azul crudo, duro, como son generalmente los ojos de los príncipes de la casa de Austria. Muy educado por su madre, comprendía todo lo que pasaba, sentía la situación, demostrando una penetración política sorprendente en un muchacho tan inocente y tan joven. ¿Cuál era en realidad el trato que la Comuna daba á la familia real? Rigoroso por cierto, lleno de desconfianzas y vejaciones. No se hacía otra cosa que pensar en tentativas de fuga, en reuniones sospechosas que se verificaban cerca de la Torre y que la guardia nacional estaba mezclada de realistas. Se comprende perfectamente la inquietud de la Comuna, que respondía á la Francia de tal depósito.

No olvidemos que estos terribles acusadores de la Comuna eran los hombres menos libres, pues á cada instante han de obedecer á un tirano más terrible, el capricho popular movido al azar de una declaración, de un rumor falso. Por una palabra mal entendida corrían á la casa del pueblo y ordenaban á la Comuna que tomara tal medida para vigilar el Temple. No había otro remedio que obedecer.

El ayuda de cámara Mr. Hue cuenta que en Septiembre no encontró en Manuel más que dulzura y humanidad. Manuel se ausentó y fué sustituido por Tallien con gran pesar del ayuda de cámara. Veía entrar en su calabozo un hombre joven, de dulce fisonomía, que le demostraba mucho interés, lo consolaba y le daba esperanzas. Este hombre era Tallien.

Mr. Hue salió de la cárcel y solicitó con insistencia que se le permitiera ingresar en el Temple, yendo á pedir la protección de Chaumette que se trecoó en el procurador, como se verá, de la Comuna. Chaumette lo recibió muy cariñosamente y cerró la puerta para hablarle más tranquilamente. Le contó toda su historia, su encarcelamiento en la Bastilla por un artículo de periódico, como si quisiera justificar su actual violencia con el rigor de las persecuciones que sufrió entonces. Citó

á Mr. Hue el nombre de los traidores que se encontraban entre los servidores del rey y habló con interés del Delfín: «Yo procuraría por su educación, dijo; pero será mucho mejor que se aleje de su familia para que pierda la idea de su rango. En cuanto al rey perecerá.» Dirigiéndose á Hue, dijo: «El rey os ama.» Y como Hue derramara lágrimas, añadió: «Llorad, dad curso á vuestro dolor... Os despreciaría si no sintierais pesar por la muerte de vuestro señor.»

Chaumette ha sido guillotinado como toda la Comuna. Una buena parte de la Montaña también lo ha sido. No han tenido tiempo para escribir, han abandonado su memoria á los azares del porvenir. Los realistas, que se presentan como únicas víctimas y reclaman para ellos la conmiseración pública, han sobrevivido y han tenido tiempo y lugar para arreglar á su gusto estos acontecimientos. ¿Quién no los ha contado? No un Jacobino, ni uno de la Montaña, ni uno de la Comuna. Los solos testigos por los cuales conocemos los detalles de la estancia del rey en el Temple son sus ayudas de cámara. Es Mr. Hue, quien en 1814, imprime en la tipografía real sus memorias en plena reacción. Es Clery quien imprime en Londres en el 98 entre ingleses y emigrados, quienes tenían interés en canonizar al que con su muerte les causaba un bien. Observad que las anécdotas muy ingenuas y sencillas de la primera edición han sido maliciosamente suprimidas en la edición francesa. Tenemos también pretendidas memorias de madama de Angulema, escritas en la Torre del Temple, donde no tuvo jamás papel y tinta. Los que fueron á libertarla vieron por toda escritura mucho carbón en las paredes.

Los realistas van empleando santas mentiras, piedad de fraude en sus actos de mártires (especialmente en la Vendée). Nosotros los sorprendemos en flagrantes delitos, pues nos han legado pruebas acerca de la leyenda del Temple, en las que solo ellos hablan de su propia causa. Muchas veces se contradicen. No intentaré discutirlos. Siento solamente que los historiadores hayan copiado servilmente estos documentos, desenvolviendo la prolija leyenda de los cronistas del partido.

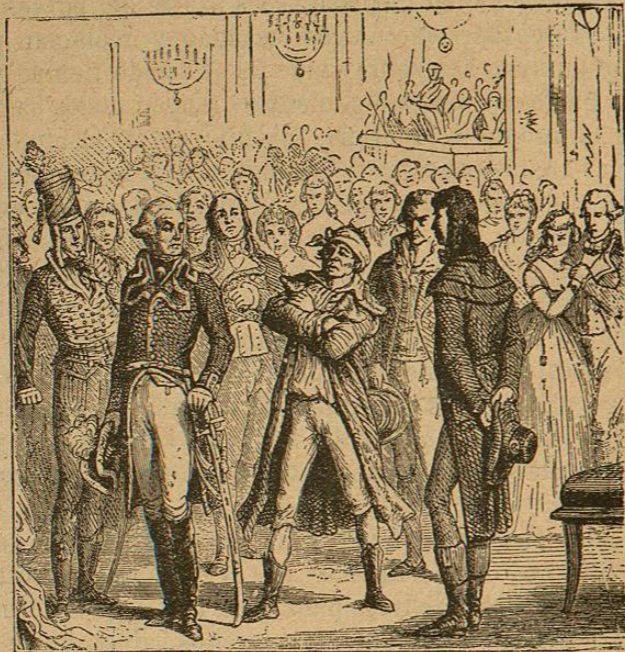
Esta cuestión torpemente, brutalmente llevada por el gobierno de la muchedumbre y del azar ha sido presentada hábilmente por el punto de vista legendario para que ejerciera sobre la opinión un efecto terrible, desencadenando el odio contra la Francia revolucionaria. Los tiranos son más hábiles; no enseñan á sus víctimas; los esconden, los entiebran en Spielberg ó en los pozos de Venecia. En su prisión abierta, aun sobre el patíbulo, Luis XVI reina todavía.

Había muchas razones para acelerar este proceso fatal que diariamente creaba muchos partidarios del rey. Cosa notable é inesperada fué la suspensión de las sesiones de la Montaña hasta el 3 de Diciembre.

Quería ante todo y razonablemente, como lo confesó, que se examinara severa y escrupulosamente en los papeles de las Tullerías si, como

circulaba el rumor, muchos diputados de la Legislativa convertidos en miembros de la Convención estaban comprometidos. Una comisión quedó encargada de este examen y la Gironda nombró representante al diputado Rulh, exaltado miembro de la Montaña que era como la quinta esencia del jacobinismo.

Estos documentos excitaban vivísima curiosidad. Era Luis XVI quien los escondió en un muro de las Tullerías. El príncipe herrero, sin otro testigo que su ordinario compañero de fragua, construyó una puer-



MARAT y DUMOURIEZ

ta de hierro que cubierta con una tabla de madera ensamblada escondía la caja. El compañero, espíritu débil, no pudo soportar mucho tiempo el secreto. Había oído frecuentemente historias de príncipes que hacían desaparecer al depositario de sus secretos. Cuando se le ocurrieron estas trágicas escenas perdió la tranquilidad, no pudo dormir sosegadamente. Temió á los sortilegios, imaginóse que el rey lo había envenenado. Recordó con efecto que un día, viéndole el rey intranquilo, le dió á beber con su propia mano. Desde este día comenzó á languidecer. Su mujer le confirmó en esta creencia. Quiso vengarse antes de morir y corrió á revelar el secreto al ministro del Interior.

Los esposos Roland, creyeron que no había momento que perder. Ni llamaron á nadie ni á nadie hicieron partícipe del descubrimiento.

Roland corrió á las Tullerías, abrió el armario misterioso, envolvió los papeles en una servilleta y fué á revolverlos sobre las rodillas de su esposa. Después de un examen rápido de los esposos, después que Roland tomó nota de cada legajo é inscrito fuera su nombre, entonces solamente el fatal tesoro fué llevado á la Convención (20 de Noviembre).

La conducta de Roland en este asunto fué extraña, difícil de justificar. ¿Cuando recogió los papeles no debía presenciárselo una comisión de representantes? ¿No debía llevarlos inmediatamente á la Asamblea Nacional? Sí, según la costumbre, la razón, la ley. Con su conducta, al



MONGE

entregarlos á la Convención, confiándolos á una comisión, bajo la llave de los comisarios, se hubieran podido falsificar algunos documentos y otros ser sustraídos. Aquellos salones eran inseguros. Un miembro de la comisión podía abrir, trabajar á su antojo.

No era la primera vez que habían desaparecido documentos ó que hábilmente alterados habían servido como instrumentos para levantar odios. En la Convención ocurrió un hecho vergonzoso; aprovechóse un nombre poco diferente del de Brissot; por medio de una ligerísima enmienda, cambiando una letra ó dos, un enemigo trató de perder al gran girondino haciéndole pasar por traidor. ¿A quien acusar? ¿A los empleados del edificio ó á los mismos representantes que todos los días, en el seno de las comisiones tenían los documentos á discreción haciendo anotaciones y exámenes?

Los papeles del armario de hierro guardados hoy en los Archivos Nacionales tienen la firma de Roland. Estoy dispuesto á creer que el desconfiado ministro no los dejó escapar de sus manos sin haber tomado esta precaución contra la Convención, es decir, contra las manos desconocidas á las cuales la Convención debía confiar su custodia.

Releyendo atentamente este montón de papeles, cartas, memorias, actas de todos géneros, encuentro que no contienen compromiso alguno grave más que para el rey y los curas que lo dirigían. Ni un solo político de importancia aparecía complicado en ningún acto que pudiera ser probado. Allí aparecían los curas como verdaderos autores de la guerra civil. Después de los funestos vaticinios del obispo de Clermont, oráculo consultado diariamente por Luis XVI desde el año 89 hasta las fatales y homicidas filípicas de los sacerdotes del Maine-et-Loire que le inspiraron en el 92 valor para resistirse precipitando su caída, esta correspondencia eclesiástica presenta la última escena de la Revolución, sus miserables bastidores.

El rey mismo aparecía de un modo enfadoso, ingrato, agrio, de espíritu estrecho, aborreciendo á cuantos querían salvarlo: Necker, Mirabeau, Lafayette son los principales objetos de su odio.

Lo que más apena es ver como este príncipe devoto entra caprichosamente en los planes de corrupción que le presentan un ministro confidente, Laporte, un magistrado de aptitudes especiales para cuestiones policíacas, Talon, que escamoteó el fatal papel de Favras, y la demás gente intrigante, aventurera, como Saint-Foy y otros. Ningún escrúpulo, ninguna repugnancia parece sentir el rey. Se le ve pasar con asombro del confesonario á la manipulación de las conciencias políticas. ¿Y esta corrupción escrita, en proyectos, llega hasta los hechos? ¿Las personas que los intrigantes se glorían de haber comprado lo fueron efectivamente? Nada hay que lo indique. Yo no he visto los recibos. Lo que sí que he visto es que la mayor parte de estos comisionistas de conciencias, eran gentes miserables á quienes nadie les hubiera prestado atención ni crédito en la más mínima cosa. ¿Quién nos asegura que el dinero que dicen haber repartido no se quedara en los propios bolsillos? A quien solo tengo ganas de creer es á Laporte, cuando habla de las sumas que Mirabeau exigía para organizar su ministerio de la opinión pública.

Madama Roland, sin duda, deseó ardientemente encontrar algún dato contra Danton. Nada encuentra entonces ni después. Hoy aun no queda más que una alegación de sus enemigos Lafayette y Bertrand de Molleville.

Rulh busca, como puede imaginarse, documentos contra la Gironda y tampoco encuentra nada. Solamente hay una frase contra Kersaint. Y esta frase en realidad era su elogio; un consejero quiere acabar con el mal por el exceso del mal y propone colocar en el ministerio de Marina á un exaltado patriota: Kersaint.

Los secretos salvadores de la Monarquía, escribían al rey indicándole que si quería proporcionarles la pequeña suma de dos millones se comprometían á comprar dieciséis miembros de los más notables por su talento y su patriotismo que existían en la Asamblea.

Una palabra de Guaret, una palabra de Barere, acusado vagamente como se ha visto, demostraron que ningún compromiso existía para la Legislativa, que sus miembros podían proceder al juicio del rey. Barbaroux pide que el rey sea procesado.

—No, dice Charlier; que sea puesto *en estado de acusación*.

—Y que sea oído, añadió un diputado de la derecha.

Juan Saint-André: «Luis Capet ha sido juzgado el 10 de Agosto; hablar nuevamente de su juicio es hacer el proceso de la Revolución; os declararéis rebeldes si procedéis así.»

Robespierre se asió á esta idea, desarrollándola en un discurso muy calculado que nadie esperaba, que él guardaba desde hacía tres semanas (después del discurso de Saint-Just) y que lanzó en el momento en que la Comuna de París expresaba después de su renovación, con su voto, el deseo de que el rey fuera ejecutado inmediatamente. El discurso de Robespierre en estos momentos adquiere una autoridad terrible.

Una palabra acerca de la renovación de la Comuna que viene á cambiar la faz de los acontecimientos.

